

LETRAS

letrillas

LETRONES

CIENCIA

EL RETORNO DE LOS CAZADORES

Ha llegado la hora del Gran Colisionador de Hadrones (LHC), la máquina más poderosa jamás construida con propósitos científicos. La tensión crece, física y mentalmente. Hace unas semanas cada uno de los ocho sectores que componen el anillo subterráneo fue probado en su etapa final de enfriamiento. De hecho, algunos puntos de esta enorme caverna son ya los refrigeradores más fríos del universo. Una y otra ocasión, el equipo del galés Lynn Evans ha llevado a cabo pruebas en los complejísima sistemas eléctricos, de conducción y de potencia. En el lugar se dibuja una estética industrial hecha de manera artesanal, casi a mano. Es como si todas las escuderías de Fórmula 1 del mundo hubieran acordado diseñar y construir el prototipo, y estuvieran a punto de probarlo en la pista. Le digo a Lynn que ahora él es jefe de la escudería terrícola, sólo que a lo bestia. Se ríe porque sabe que no hay mañana. Si falla hoy, su cabeza caerá en las siguientes horas. Varios millones de euros y las esperanzas de miles de científicos de la comunidad europea y de todo el mundo están puestas en su talento y sangre fría para coordinar el trabajo de tanta gente.

Un viejo sueño hecho (ir)realidad

Pero ¿qué son los hadrones y por qué hacerlos chocar? Todo se remonta a una idea del griego Leucipo, quien hace 2.500 años afirmaba la existencia de un mundo atómico, esencial para entender la materia que compone todo de lo que estamos hechos, y para probarlo sólo hacía falta contar con el cuchillo adecuado y ser un buen cazador. Las ideas atomistas y su comprobación experimental fueron el instrumento que permitió el tránsito de la alquimia a la química moderna, así como fuente de inspiración para descubrir las insospechadas cualidades del electromagnetismo. Viejas ideas se reformularon a lo largo del siglo XX, mientras los experimentos montados en laboratorios como éste lograron niveles cada vez más increíbles y profundos en su estudio del interior del átomo. Se descubrió que había familias de partículas, con características y comportamiento propios, a una de las cuales pertenecen los hadrones. Nosotros, por ejemplo, estamos hechos de partículas hadrónicas.

En 1920 el físico norteamericano Ernest O. Lawrence construyó el primer acelerador circular con un diámetro de apenas 13 centímetros, en el que se aceleraban protones a una energía casi insignificante. Hoy este tiovivo tiene una circunferencia de 27 kilómetros, en un túnel donde podrían circular automóviles en dos carriles, cruzar la frontera con Francia y regresar a Suiza. Produce haces siete veces más energéticos que las máquinas precedentes y serán treinta

veces más intensos cuando ésta alcance su punto óptimo de operación, en 2010. Los haces de protones circularán en el anillo por diez horas, lo que significa que recorrerán una distancia de ida y vuelta igual a la de aquí a Neptuno. El LHC es tan sensible que la acumulación de nieve del Jura, al pie del cual se encuentra este laboratorio, puede modificar su alineación. Y ya no participan unos cuantos científicos; durante el siglo XX estos laboratorios comenzaron a crecer hasta alcanzar los siete mil científicos que trabajan en el acelerador de Ginebra, listo para “romper la última cáscara de la nuez”, en palabras del cosmólogo Stephen Hawking, quien como muchos otros científicos de diversos campos de la ciencia y la tecnología esperan, ansiosos, noticias emanadas de aquí.

Se acelerarán las partículas para poder ver qué hay dentro de ellas y cómo se comportan en nuestro mundo. Recordemos que la materia y la energía son intercambiables; además, de acuerdo con la teoría cuántica, para ver pedazos de materia cada vez más pequeños y detalles antes invisibles es necesario reducir en forma proporcional la longitud de onda de la radiación que se utiliza. Pero resulta que conforme un objeto se acerca a la velocidad de la luz, se vuelve más pesado y es muy difícil aumentar su velocidad. Por ello se requiere de niveles de energía cada vez mayores. En 1920 Lawrence podía acelerar protones a 80 mil electrones-Volt (eV); hoy el LHC los llevará, en principio, a 5 tera eV en su

búsqueda de nuevas estructuras de la materia, y más tarde a 7 billones. Para dar una idea, un tera eV (un billón de eV) equivale a la energía que derrocha un mosquito cuando vuela a nuestro alrededor, sólo que concentrada en una superficie ¡un millón de millones más pequeña! Nunca antes se había logrado controlar haces de protones de tal intensidad y de tan alta energía.

Se entenderá que no es fácil para una ciencia que fue la estrella del siglo XX permanecer en los pits, ansiosa por abordar su nueva y flamante máquina, que, además, viene equipada con cuatro gigantes detectores, verdaderos gargantúas que engullirán partículas subatómicas casi a la velocidad de la luz. Los detectores ATLAS, CMS, ALICE y LHC-b son gigantes gargantas situadas estratégicamente en diferentes sitios del anillo para saber lo que ocurrirá al chocar los chorros de partículas. En la caverna donde se halla instalada de ATLAS, por ejemplo, cabría la iglesia de Nuestra Señora de París.

El sentido de las cosas

¿Por qué la comunidad europea invierte tanto dinero en estos extravagantes experimentos, considerados en algún momento extensiones de los sueños catedralicios de la humanidad? No sólo porque en este campo se han dado algunas de las ideas más sugerentes sobre el origen del universo y su extraña y fascinante conexión con lo infinitamente pequeño; no sólo por la derrama tecnológica que ha dado ya beneficios a muchas empresas europeas y mejores servicios al público; tampoco por el entrenamiento que se adquiere aquí en los más altos niveles de diseño, construcción y toma de decisiones, incluso de grupos de países emergentes, como Grecia, España y México. En realidad hay algo más. Cuando comencé a escribir estas “crónicas de los días del átomo”, en el otoño de 1992, visité a Leon Lederman, y él me convenció de que esto se hacía porque era una manera de honrar la memoria de grandes tipos, como Leucipo y Demócrito, Galileo, Newton y

Einstein, pues lo que habían hecho era invaluable: hacer de este mundo un lugar más reconocible al ofrecernos algunas certidumbres sobre él.

El CERN fue la respuesta de la comunidad científica europea, en plena Guerra Fría (1954), para conducir la investigación subatómica a favor de la sociedad, así que es un sitio que despierta pasiones, provoca chifladuras y atrae los reflectores. Y, claro, como me dijo alguna vez Luciano Maiani, director del CERN (1999-2003), “si uno desea surcar la costa, no necesita más que una pequeña barca, pero si uno quiere cruzar el océano, requiere un gran buque y estar dispuesto a soportarlo todo”. Un buque que es la envidia del mundo y, sin duda, causa de orgullo entre los ginebrinos. Y de regocijo, pues tan sólo los que vamos y venimos de nuestros países al CERN formamos casi el 7% de los pasajeros que usan el aeropuerto de la ciudad y sus servicios.

Carpe diem

A pesar de los beneficios, hay quienes tergiversan los términos de una aventura científica empeñada en un escepticismo creativo y tratan de confundirla con una empresa religiosa. En el autobús rumbo al centro de la ciudad me encuentro a un par de lunáticos que cree a pie juntillas que la radiación del LHC provocará microagujeros negros por donde se fugará toda la materia terrenal y anexas. Otros hablan de saltarse una barda del laboratorio para provocar un gran “reventón” (“*le plus grand big bang*”). No es nueva la hostilidad al conocimiento científico. Ya Galileo fue torturado por plantear dudas útiles y por su fidelidad al escepticismo y la evidencia experimental.

Pero esas expresiones de radicalismo pueril no distraen a los científicos y técnicos, concentrados en mantener a punto la máquina y los múltiples detectores montados como capas de cebolla en los cuatro puntos ya mencionados. En particular, los investigadores e ingenieros españoles, mexicanos y griegos con los que hablé en estos días aprovechan al máximo la experiencia que, en algunos casos, llega a quinceaños, como la del



Imagen del túnel del colisionador.

físico experimental mexicano Gerardo Herrera Corral. A Gerardo lo conocí en 1992, durante su estancia en el Fermilab de Chicago. Dos años más tarde, allí mismo participó en el descubrimiento de uno de los quarks, el top. Hoy es un destacado germanista y pionero de la física experimental en altas energías, además de que ha abierto las puertas en Europa a otros grupos de mexicanos.

También estuve con el prestigiado teórico Luis Álvarez Gaumé, decano, junto con Álvaro de Rújula, de los científicos españoles en CERN. Álvarez Gaumé ha estudiado las propiedades cuánticas de los hoyos negros con base en los experimentos que se realizan en CERN. Dimos una última vuelta con Félix Rodríguez Mateos por el anillo antes de que fuera cerrado a la presencia humana y, junto con Luis Hervas, echamos un último vistazo al estado de las conexiones alámbricas, ahora que los imanes se han contraído por el enfriamiento a 1.9 kelvin, lo cual es casi el cero absoluto (-273.15 °C). Estas maravillas tecnológicas al servicio de la ciencia no existían hace pocos años. Fueron concebidas y puestas en marcha por gente como Félix y Luis, dos de los expertos que todas las mañanas deben tener la mano bendita y la cabeza en orden para lidiar con la máquina. Finalmente visité a la griega Yiota Foka, quien me puso al día sobre la física que el grupo de ALICE habrá de estudiar, y al germanocatalán Frederick Teubert, quien me habló de las tareas que deben cumplir en su grupo (LHC-b) para verificar el desempeño de ATLAS. Será como el espejo de alguien que busca lo hipotético.

Todos ellos son protagonistas y están en el meollo del asunto. Viven a tope su momento. *Carpe diem*, dice Frederick. A lo largo del tiempo han visto pasar a mucha gente. Convivir aquí ha sido parte importante de sus vidas; incluso para aquellos que vienen a realizar estancias breves, digamos, para conocer el súper cómputo que se inventa en CERN o la fabulosa criogenia que mantiene frío el acelerador, resulta casi siempre una experiencia trascendental. Algunos no resistimos la tentación de practicar alguna clase de alpinismo, pues teniendo las fabulosas montañas ahí enfrente, uno piensa: “¿Qué demonios?, ¡vamos a hacerlo!” Y en el camino a uno lo asaltan pensamientos sobre los paralelismos de la vida, pues, en efecto, hacer ciencia y escribir y hacer arte es como escalar los Alpes de lo Improbable y descubrir cuándo lo real es irreal y viceversa. —

— CARLOS CHIMAL

CARTA DE TRINITY CHURCH LA CAÍDA DEL MURO CAPITALISTA

Desde que Estados Unidos se forjó como nación independiente, la desembocadura del río Hudson en el Océano Atlántico —donde hoy habita, ilumina y sueña Miss Liberty— fue el sitio donde se instaló la llegada y salida del único anhelo humano de ayer, mañana y siempre: la libertad.

En ese lugar, desde 1697, la sombra afilada de Trinity Church —que es y ha sido el centro de la vida religiosa de Estados Unidos y refugio en tiempos de crisis— se proyecta sobre un oscuro callejón denominado Wall Street, la Calle del Muro, destinado a ser el corazón financiero del mundo moderno.

Trinity Church es la representación histórica de la dignidad de un país que nació bajo la divisa de la libertad y la meritocracia, del poder absoluto de cada individuo para labrar su destino y juntos construir un nuevo imperio.

Durante los más graves desastres económicos que Estados Unidos ha padecido a lo largo de su historia —en octubre de 1907 y en octubre de 1929—, Trinity Church no sólo se ha mantenido en pie, sino que brindó ayuda y refugio a sus feligreses, bien fuera pagando sus deudas o brindando alimento, convirtiéndose en emblema del espíritu de lucha y recuperación frente a la pérdida total.

Sólo el sentido del humor inherente a cada acción humana podría haber colocado en tal lugar al símbolo financiero de nuestros tiempos, pues Wall Street empieza donde el cementerio de Trinity Church —donde yacen los restos de algunos de los Padres Fundadores— acaba.

Lamentablemente, en este 2008, con una crisis que se ha reproducido como un virus en cada rincón del planeta y a una velocidad alarmante, Trinity Church no parece tener las herramientas ni el antídoto necesario para contener la caída del imperio que vio nacer.

Desde los albores del siglo pasado, Wall Street fue el eje financiero de los corsarios del mercado, papel que logró conservar incluso después de la tragedia de 1929, cuando los primeros dueños de Lehman Brothers y Merrill Lynch, encontraron como única salida digna a la Gran Depresión lanzarse al vacío desde la ventana de sus oficinas.

La diferencia es que ahora los directivos de las empresas han cobrado los millonarios bonos de retiro o se han quedado tranquilamente en sus oficinas, esperando que los políticos de Washington tomen las medidas necesarias para rescatarlos.

“El mercado resolverá nuestros problemas”, esa fue la divisa que guió los destinos económicos del mundo luego de la Gran Depresión; hoy el mundo mira atónito su propia mutación, sin tener en su corazón nada más que incertidumbre sobre el futuro cercano.

Paradójicamente, nuestro terrible siglo XX y el catastrófico inicio del siglo XXI se han caracterizado por la caída de los muros que han regido nuestro paso hacia lo que creímos que era la modernidad.



Wall Street

Estados vulnerables

En agosto de 2007, cuando comenzaba la peor crisis financiera global de las últimas ocho décadas, nadie podría haber imaginado que el muro más famoso del capitalismo compartiría con otro muro, el del comunismo, el signo de nuestro tiempo.

En Alemania, el muro fue levantado como un soporte ideológico para impedir que los hijos de Marx cayeran en las tentaciones consumistas y fueran consumidos en el infierno capitalista. En cambio, el muro de Wall Street, se levantó y consolidó como garantía de que la libertad absoluta del *dios mercado* era la única fórmula correcta para lograr el éxito.

El 6 de octubre de 2008 —en el mismo lugar donde un día juró su cargo como primer presidente de Estados Unidos George Washington—, Wall Street ofreció un nuevo momento histórico, representado esta vez por el ir y venir de los operadores del Stock Exchange, agobiados por una conmoción superior a la de las primeras horas transcurridas luego del atentado contra el World Trade Center.

Antes de aquella mañana gris, el panorama financiero se fue complicando sin que nadie se atreviese a prevenirnos sobre la catástrofe que nos veríamos obligados a enfrentar.

Como sociedades fuimos ingenuos,

confiamos en lo que mandatarios como George W. Bush aseguraban: “estamos bien”, mientras permitían acciones irresponsables, como que los ciudadanos garantizaran sus créditos hipotecando hasta tres veces su patrimonio, impidiendo que en caso de crisis pudieran cubrirse sus deudas.

Si bien en el II-S Estados Unidos descubrió que la nación más libre del mundo era vulnerable, ese primer lunes de octubre fue inevitable admitir la fragilidad de otra de sus armas más poderosas: su economía.

Ataviados con su característico uniforme azul, y con cigarro en mano, los empleados de la bolsa de valores permanecían atónitos, incapaces de encontrar una solución para curarnos de un mal que ellos mismos provocaron.

De nada sirvió que, frente al quiebre de los bancos de inversión, George W. Bush emulara la hazaña de John Pierpont Morgan en 1907, que convocó a sus amigos del sindicato de banqueros para construir un fondo de 40 millones de dólares y descubrir el remedio para frenar la expansión del caos económico en ese año.

Esta vez, ni la aprobación del paquete de rescate de 700 mil millones de dólares, ni la decisión de los mandatarios de las economías más desarrolladas del mundo de rescatar a las instituciones financieras afectadas por la crisis, han sido suficientes para evitar que las cartas de la economía estadounidense barajadas en el juego llamado Wall Street pierdan la partida.

Ahora la lucha es contrarreloj. Durante muchos años las economías siguieron puntualmente la receta neoliberal de los organismos internacionales y las reglas del libre mercado; lo que nos ha sumido no sólo en esta crisis, sino en una dinámica en la que la especulación es más fuerte que la misma mecánica de las economías.

La caída de los muros

Para lo único que este país no estaba preparado era para lo que ha ocurrido: el virus del fracaso económico recorre la sangre de las calles de Nueva York, y

televisoras y medios han retratado en el rictus de angustia de los protagonistas la incertidumbre de propios y extraños.

El desarrollo y la hegemonía primero militar, después industrial, luego económica y ahora tecnológica de la Unión Americana, le han hecho contravenir sus propias normas y formar parte de un mundo que ya no existe.

Durante los últimos ocho años, Estados Unidos arrojó a la hoguera los principios fundamentales de los Padres Fundadores, llevó a su pueblo a guerras que no sabe cómo ganar y a la incertidumbre como eje de vida.

La agitación no es exclusiva del caos financiero, sino de la certeza de que nadie entiende nada; vivimos el absoluto desconocimiento sobre las causas profundas—además de las económicas—que llevaron al mundo a un punto de quiebre donde el Imperio Occidental es obligado a reconocer su fragilidad no sólo en materia de seguridad, sino económica.

Estados Unidos es víctima de un sistema que no sólo concibió, sino que consolidó una sociedad que vivía por encima de sus capacidades económicas, luego de que el *New Deal* reactivara la economía devastada por el crack de 1929 a través del consumo, la inversión pública, la emisión de papel moneda y el abandono del patrón oro para favorecer la exportación.

Entre las diez de la mañana y la una de la tarde del 6 de octubre, cuando los financieros llevaban las manos en la frente tratando de sostener lo incomprensible, los casi cien periodistas ahí reunidos pudimos testimoniar lo innegable: esta vez la inyección de dólares era incapaz de sacar al mercado de su inminente estado de coma.

En este nuevo lunes negro toda rutina dejó de existir para dar paso a lo inimaginable: en medio de la tragedia del Stock Exchange, aparecieron dos mujeres en bikini que sin conmoverse con la crisis, bailaron sobre las cenizas de lo que fue el operador bursátil más importante del mundo.

No pude evitar recordar enero de 1990, cuando visité la puerta de

Brandeburgo en Alemania, contigua a una de las pocas partes del Muro que permanecía intacta. Desde la plataforma donde durante casi tres decenios el ejército norteamericano observó el otro lado del infierno, fui testigo de otro hecho igual de estremecedor: dos mujeres se despojaban de sus abrigo de piel para subir al muro ataviadas en bikini, listas para anunciar—sobre las cenizas del fracaso comunista—la brutal llegada del capitalismo mediante la promoción de una marca de vodka.

Inmóvil sobre Wall Street, recordé el sentimiento que ese acto me provocó: las víctimas, la libertad y la convicción son huellas de la Historia con las que habríamos de tener algún cuidado para no faltarnos el respeto a nosotros mismos.

En 1989 se cayó el muro del comunismo. En 2008 se resquebrajó, tal vez para siempre, el muro del capitalismo. La lección más importante es reconocer que un ciclo terminó, y que a toda apoteosis la sustituye una nueva esperanza.

El nuevo sistema económico surgirá de las cenizas de los muros caídos, a partir de ahora ya no son posibles las recetas mágicas del neoliberalismo o la economía planificada que marcaron el siglo XX, los Estados deberán establecer programas económicos basados en sus necesidades y capacidades locales y su realidad global.

Trinity Church nuevamente ha sido testigo de una crisis de octubre, y desde el cementerio de esa iglesia, Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro de Estados Unidos y uno de los forjadores de la independencia de ese país, ha podido ver cómo muere la bolsa de valores y cae en picada Wall Street.

Este 6 de octubre el mundo entendió algo fundamental: Estados Unidos perdió la capacidad de controlar su pulso financiero. El crimen gestado en la soberbia termina como la parábola de Narciso, el Imperio ha quedado solo frente al espejo, con su desconcierto y su crisis envolviéndonos a todos. —

— ANTONIO NAVALÓN



Antonio Cisneros (Lima, 1942).

POESÍA Y VIAJES

WHISKY
CON CISNEROS

En Lima, para llegar al poeta Antonio Cisneros, hay que atravesar algunos estratos de leyenda (obviamente urbana). Que si es un hombre difícil, que si bebe demasiado, que si su genialidad, que si su egocentrismo. Así que cuando llamo a su puerta del barrio de Miraflores, a pocas calles del océano, estoy a la expectativa. Acabo de leer la nueva edición de su antología personal *Propios como ajenos*, cuyo prólogo finaliza así: “Ahora sobrevivo en Lima, con mi mujer, mistreshijos y mis cinco nietos. El muchacho que fui se ha convertido en un viejo patriarca. Escribo poco, mantengo a duras penas mi tan poquita fe y temo cada día”. Me espero una casa llena de gente, pero no oigo ruido de fondo cuando me atiende la voz de la empleada: “suba”. Es una edificación de tres plantas, unidas por la escalera que subo, siguiendo una voz masculina muy grave, que resuena desde lo alto: “Jordi, siéntate, ahora bajo”. No hay nietos por medio: nada es más ajeno a este salón que la infancia y el movimiento. Grandes lienzos decoran

las paredes; sofás y fotografías de otra época ocupan real y simbólicamente un espacio clásico. Tras el sonido de unos pasos, aparece al fin la altura de Antonio Cisneros (corpulento, canoso, ojos afilados). La primera hora la pasamos sentados, cada uno en un sofá blanco, frente a frente, conversando; tras el poeta, un cuadro inquietante que representa una inminente degollación. De modo que la entrevista se confundirá aquí con la conversación –y con los e-mails posteriores y con la semblanza y con la crónica.

Desde que en 1961 publicara *Destierro* –cuyo título ya apunta en una dirección espacial–, su trayectoria ha sido en paralelo textual y geográfica. A finales de los sesenta se mudó a Londres; en la década siguiente vivió en Niza y en Budapest y en California; a mediados de los ochenta se instaló una temporada en Berlín; y en los noventa dio clases en Virginia. A medida que crecía la repercusión de su obra, obviamente, también lo hicieron las invitaciones.

–He llegado a sentirme como en mi casa en ciudades como Santiago de Chile, Bogotá o Buenos Aires.

–¿Nunca has vivido en España?

–No, nunca viví en España. Pero ten en cuenta que la España de ahora no era la de los años sesenta. En aquel páramo, incluso en Madrid o en Barcelona, la verdad es que no me apetecía quedarme.

Me cuenta que durante mucho tiempo fue coordinador en Perú de una agencia de viajes francesa. Se multiplican los relatos de las experiencias de esos años: Machu Picchu, al amanecer, en exclusiva para un grupo de estudiantes de arqueología; disturbios en La Paz; un cadáver en el autocar. No entiende la vida del poeta como la de alguien consagrado exclusivamente a la poesía: le apasiona el fútbol y la conversación de bar, se dedica a la familia, ha tenido un espacio radiofónico diario, dirige la revista *Gourmet Latino* y el Centro Cultural Inca Garcilaso.

–El viaje parece la estructura, circular, de tu vida, ¿pero es también el conductor de tu obra?

–Los viajes tienen mucho que ver con mi vida y, por lo tanto, con mi poesía. Sin habérmelo propuesto, a lo largo de estos cuarenta y tantos años, la mayoría de mis libros de poesía tiene como punto de partida, más que un simple viaje, alguna estadía, más o menos consistente, en el extranjero. Al menos como pretexto.

–¿Cuál consideras que es el viaje que más ha marcado tu obra?

–Lo cierto es que no lo sé. Aunque creo que la experiencia que recuerdo con más cariño es la de mis años en Londres. Es verdad que se trataba del *swinging London*, ese Londres de los Beatles y de los Rolling Stones. Sin embargo, aún no sé si me maravillaba ese Londres o ese muchacho hermoso de veinte y tantos años que fui por entonces

No me extraña que haya escogido una ciudad y no un país o un itinerario. En diversas entrevistas se ha definido como un ser eminentemente urbano: “alguna vez dije algo así como ‘me cago en los pajaritos’”, declaró en una entrevista y añadió: “no me gusta vivir en ciudades que tengan menos de un millón de habitantes”. En esta, que tiene unos siete millones, ha venido a pasar –en su condición de abuelo– lo que le queda de vida. Hemos entrado en la segunda hora de charla: a partir de ahora empezarán a sucederse los whiskys.

–Los cronistas de Indias, obviamente, eran viajeros. En los *Comentarios reales de Antonio Cisneros* hablas de un viajero como “Señor de Muerte”, “pues alacranes/ cantan bajo tu lengua”. ¿Hasta qué punto tu voluntad de re-escritura de la tradición colonial española responde a una intención, digamos política, de combatir la violencia ejercida por los conquistadores y –como dijo Nebrija– la lengua necesaria del imperio?

–*Comentarios* fue, por decir lo menos, un libro muy ambicioso. Entonces pretendía dar una versión crítica de toda la historia del Perú tal como la aprendimos en la escuela; digamos, la otra cara de la medalla. Sospecho que, salvo algunos poemas, la empresa no resultó. Por lo demás, eso de los alacranes bajo la lengua nunca, al menos consciente-

mente, quiso ser un símbolo contra el único idioma que poseo de verdad.

En ese idioma ha escrito sobre todo poesía, pero también crónicas de viaje, como las recogidas en *El libro del buen salvaje*, en cuyo proemio se lee: “Buena parte de los miles de versos escritos a lo largo de la vida también vienen a ser, a su manera, el libro de mis crónicas de viaje”. Los dos géneros, por tanto, se entrelazan, gracias a un mismo movimiento. En su prosa, Cisneros es mucho más irónico que en su poesía, quizá porque la gestación del verso es mucho más ardua.

—Escribir un poema es un proceso extremadamente duro. Ten en cuenta que es el único género en que el objeto es el sujeto y en que el sujeto es el objeto. Para el poco placer que experimentas, atraviesas mucho dolor al escribir poesía.

—En tus crónicas de viaje, más que en la poesía, la ironía es una constante. ¿Qué es la ironía? ¿Qué ha significado en tu obra, y en tu vida?

—Los escritos, de uno u otro modo, son en buena medida el reflejo del autor. Para mí la ironía no es un tema o un método literario. Yo, el ciudadano Cisneros, y no necesariamente el escritor, soy burlón por naturaleza. Escéptico, melancólico y burlón. Y, por supuesto, la ironía la uso en primer lugar contra mí mismo, es una manera de librarte de la estupidez solemne y de las certezas bobas.

No sé si será porque me he acabado el whisky, pero ahora veo el cuadro de la degollación con otros ojos. Y también su último poemario, del que me acaba de explicar que nació de una experiencia turística: le regalaron *Un crucero a las Islas Galápagos*.

—De hecho, siempre hay experiencias turísticas en todo viaje. ¿El turismo puede ser literariamente fértil?

—Me imagino que, hasta cierto punto, cierto tipo de turismo puede, con suerte y con talento de por medio, convertirse en una buena crónica de viaje. En el caso del poemario *Un crucero a las islas Galápagos*, mi viaje a ese lugar es un punto de referencia muy lejano,

algo así como un pretexto. En realidad, esas islas de basalto volcánico, repletas de alimañas, están en la geografía de mi alma. Es un crucero al interior de uno mismo.

Los que cultivan con más empeño las leyendas (urbanas, limeñas) sobre Antonio Cisneros son los poetas jóvenes. Al menos tres me han hablado de encuentros fantasmales e improbables, de madrugada, en bares de pelaje diverso, con el autor de *Como biguera en un campo de golf*.

—El joven escritor Rafael Robles Olivos ha titulado un poema con tu nombre, donde se lee: “Dice mi maestro que al poeta/ sólo se le respeta en el papel”. ¿Cómo fue tu relación con tus maestros?

—Yo me llevé muy bien con los gentiles y generosos poetas que me precedieron. Jamás tuve ningún intento parricida.

—¿Y con los jóvenes sucede igual?

—Con ellos tampoco tengo ningún intento filicida. Ahora, creer a partir de ahí que me desvivo por las generaciones venideras o que me interesa el futuro de la juventud sería un craso error. No tengo la menor vocación redentora ni profesoral. Por el momento, sólo me intereso por mis nietos, que son cinco.

En una de las imágenes en blanco y negro que hay junto a la puerta de la cocina, Cisneros y su familia son muy jóvenes. Y muy bellos. Sobre todo su esposa, a quien me cuesta imaginarla como abuela. Se lo digo, mientras sirve mi segundo whisky (y el quinto suyo): “Yo también era muy bello —afirma y corrige levemente—: siempre hemos hecho muy buena pareja”. Las leyendas urbanas se alimentan de la realidad. Pero hay que contrastarlas con ella para decidir la versión que cuenta. Continuamos charlando hasta que me queden sólo restos de hielo en el vaso. Después, pese a los seis o siete whiskys, insistirá en acompañarme al hotel. Tras la despedida, su coche desaparecerá en la noche limeña, al encuentro de bares de mala muerte y de poetas jóvenes que sigan alimentando la leyenda.—

—JORGE CARRIÓN

ECUADOR

POR LA VÍA RÁPIDA AL AUTORITARISMO

En el referendo celebrado el pasado 28 de septiembre, los ecuatorianos aprobaron con abrumadora mayoría (64%) la Constitución impulsada por el presidente Rafael Correa. Existen dos razones principales que explican este nuevo éxito electoral del mandatario. La primera, el hábil manejo discursivo y de comunicación gubernamental dirigido a asociar el proyecto constitucional con ese mágico concepto, el *cambio*. En este sentido, se presentó a la nueva Constitución como el pasaporte para abandonar el pasado, desterrar la “partidocracia”, la corrupción, la desigualdad; un boleto a la felicidad o, como dice el propio texto, al “buen vivir”. Más aún, la aprobación de la nueva Carta Magna sería un golpe certero a los odiados “pelucones” (término despectivo que Correa popularizó para referirse a la oligarquía), que tanto habían explotado al pueblo. Los alarmantes niveles de pobreza e inequidad que la mayoría de los ecuatorianos ha soportado históricamente en medio de una abundante riqueza natural explican la masiva aceptación popular a una propuesta de cambio profundo.



Rafael Correa (Guayaquil, 1963).

La segunda razón es la multimillonaria campaña oficialista —descaradamente financiada con recursos públicos— que bombardeó al país y dejó prácticamente en la indefensión al bando contrario. La austera campaña por el NO fue alen-

tada por una desarticulada y desprestigiada oposición, así como por un sector empresarial en su mayoría renuente a financiarla ante los efectivos métodos de intimidación del gobierno o en respuesta a una visión esperanzadora—acaso ingenua— de que en Ecuador “no ocurrirá lo mismo que en Venezuela”. Frente a semejante desigualdad de condiciones en la competencia, era difícil prever un resultado electoral distinto al ocurrido.

Lo cierto es que con la nueva Constitución se incrementan significativamente los poderes del presidente (quien podrá reelegirse de manera inmediata, y disolver la Asamblea Legislativa cuando a su solo juicio ésta “obstaculice de manera reiterada la aplicación del Plan de Desarrollo”, entre otras omnímodas facultades), se multiplica el nivel de intervencionismo estatal en la economía (con amplios márgenes de discrecionalidad para la expropiación de bienes, y dominio del Estado sobre numerosos “sectores estratégicos”), y se establecen rígidos controles sobre la operación y el contenido informativo de los medios de comunicación (cuyas frecuencias radioeléctricas son ahora consideradas “recursos naturales no renovables del Estado” y por lo tanto éste deberá recibir por lo menos la mitad de las utilidades que su explotación genere).

Para quienes la comparación del proceso ecuatoriano con el seguido por el régimen chavista no pasaba de ser un simple pronóstico apocalíptico, resultará preocupante saber que la Constitución aprobada tiene varias similitudes con la Bolivariana de Venezuela, empezando por el hiperpresidencialismo que las caracteriza. El nivel y los mecanismos de intervención estatal en la economía en ambas son muy parecidos, mientras que las causales para la expropiación de bienes son idénticas—con la respectiva amplitud que conceden al Estado para su aplicación y que ha sido tan aprovechada por Chávez. Si bien la Constitución venezolana no incluye disposiciones relativas al control estatal de los medios de comunicación, aquello fue meticulosamente desarrollado a través de leyes, bajo criterios similares a los que ahora

en Ecuador se consagran constitucionalmente. De hecho, bien puede decirse que la Constitución venezolana, redactada en 1999 cuando Chávez apenas iniciaba su camino al socialismo, es mucho más moderada que la correísta.

El rápido tránsito del Ecuador hacia un régimen socialista y concentrador del poder demuestra que su presidente está aplicando de manera eficiente el modelo trazado por Chávez. Mientras preparaba su ansiado proyecto constitucional, Correa se dio formas para, en apenas 21 meses de mandato, disolver el Congreso (con mayoría en contra), dominar los órganos electorales y de control del Estado, incautar medios de comunicación, intimidar al sector privado, pulverizar a la oposición, así como llevar a cabo programas sociales de corte clientelar financiados con petrodólares, mismos que han servido como fuente de popularidad. En este entorno, parecería que la nueva Constitución configura el marco para acelerar aún más la ruta hacia el autoritarismo. Queda por ver qué tanto afectará la crisis internacional y la consecuente caída en el precio del petróleo—del que tanto depende la economía ecuatoriana— en la capacidad de Correa para mantener el oneroso esquema de programas populistas que brinda oxígeno al modelo compartido con su colega venezolano. El incumplimiento de las múltiples expectativas generadas podría provocar su desgaste y el rechazo de un pueblo que en los últimos años ha demostrado poca paciencia con los presidentes que le han fallado. —

— MAURICIO RODAS

FILOSOFÍA

CIORAN CERCA DE SU CENTENARIO

En una revisión de los retratos fotográficos que se le hicieron a Emile Michel Cioran a lo largo de las décadas desfilan las austeridades de su vestir, la expresión corporal del ermitaño, el rigor patente en las líneas de expresión, que también delatan excen-



E. M. Cioran (Rumania, 1911-París, 1995).

tricidad, el cabello a veces rasurado en las sienes a una usanza que raya en lo castrense, pero que es abundante, descuidado e hirsuto desde que le nace en la frente y en toda la parte superior del cráneo, los pómulos angulosos que adelgazan la cara en la juventud y pronuncian su gravedad en la vejez. La energía contenida en las placas tomadas por Sophie Bassouls, la languidez que se deja ver en los retratos postreros de Irmeli Jung. En todas estas imágenes, debajo de las cejas pobladas, largas y despeinadas, el brillo de ese ojo en vela perenne. La desesperación inequívoca del rostro mudo. En el fondo, las apariencias no engañan y la cara terrible de Cioran corresponde a lo que nos ha legado por escrito.

Pronto en su trayectoria se aboca al fragmento como género, y así su trabajo entero produce una sensación emparentada a la que por accidente histórico nos dejan los presocráticos, la nobleza de una obra en trozos que sugiere, apunta a algo, pero no impone una visión absoluta a la manera de Aristóteles o Kant; queda libre del mal de los sistemas de pensamiento filosófico que se pretenden completos y producen el efecto de la doctrina totalitaria. Cioran, como Parménides o Heráclito, se presta a la interpretación abierta, a la construcción de una visión ecléctica.

Más allá de eso, por tener un puñado de ideas de las cuales no quiere salir, alrededor de las cuales erige todo su trabajo, con variantes de registro, variantes sintácticas, variantes de fraseo y orquestación, resulta que, más que un filósofo en el sentido clásico, es un prosista exquisito: un estilista. Porque no se conciben sus sentencias inflamadas, el poder sonoro

de su provocación o sus consignas sacrílegas sin el giro literario, el matiz lingüístico. Los títulos mismos de los libros, *Silogismos de la amargura*, *Del inconveniente de haber nacido*, *El aciago demiurgo*, denotan un equilibrio impecable de las palabras, un don para lo preciso y lo rotundo. Los atributos del escritor que refuerzan el efecto, redoblan al pensador. Por su adjetivación y su manejo de la tensión fraseológica, a veces está más cercano a un Borges ocupado del infierno (o los infiernos posibles) o al Pessoa de *El retorno de los dioses*. A diferencia de autores de frases célebres y aforismos como Goethe, Lichtenberg o La Rochefoucauld, que se ocupan de una pléyade de temas, Cioran es casi monotemático.

Quien repase los inicios del pintor holandés Piet Mondrian hallará un curioso cuadro, *Estudio inacabado con luna*. El título mismo explica mucho del contenido inesperado de este óleo de fecha 1906-1907: en la extensión de un campo brumoso, un árbol negruzco, tan negruzco y frondoso que pudiera semejar un manchón de óleo negro casi a la mitad de la composición. En un tercer plano, una pequeña luna amarillenta irradia su luz del lado derecho de la tela. Una pintura rica en texturas, misteriosa y cálida a la vez. Un cuadro, acaso descuidado en un sentido técnico, que denota, sin duda, la primera intención del pintor. Nada más lejano a lo que conocemos de la obra representativa del Mondrian geométrico, premeditado, terriblemente frío. Con su sentido místico, nos dirán los historiadores del arte, pero frío al fin.

El descubrimiento de este paisaje inacabado se antoja óptimo para ilustrar el caso en el que una parte contradice al todo, una obra en particular parece poner en jaque el conjunto de la producción posterior del artista. Algo semejante ocurre cuando uno se encuentra con los *Cuadernos inéditos* de Cioran, específicamente al leer el siguiente texto:

Ayer, a bordo del tren que me llevaba de Compiègne a París. Frente a mí, una joven (¿19 años?) y un joven. Trato de combatir el interés que

tomo por la joven, por su encanto, y, para lograrlo, la imagino muerta, en estado de cadáver avanzado, sus ojos, sus mejillas, su nariz, sus labios, todo en plena putrefacción. Nada fue eficaz. El encanto que ella desprendía seguía actuando sobre mí. Tal es el milagro de la vida.

Tanto este apunte, donde el nihilista se enamora de la existencia y nos lo confiesa casi entre paréntesis, como el cuadro en que el pintor que será adalid del abstraccionismo muestra una vena de apasionamiento romántico, son brotes inhabituales. Vistos *a posteriori* representan resquebrajaduras que nos sugieren que el *corpus* fundamental de sus respectivas obras puede estar sustentado en una negación monumental. Una negación que tensa la cuerda y propicia el registro particular, característico de ellos. Quizás haya aquí algo monstruoso y también muy humano. En mayor o menor escala, es seguro que todo esfuerzo creativo contiene algo de este fenómeno: la supresión de un ángulo vulnerable en aras de edificar la identidad anhelada como propia; acaso aquí se trate de un perfil de reciedumbre para sobreponerse al embate diario de la vida. Esta contradicción abre una perspectiva desde la que se puede evaluar de modo distinto la producción posterior de Mondrian o releer cada página del pensador rumano. En el fondo, tras la severidad, tras la sentencia tajante y cáustica de Cioran, podría aparecer esta segunda esencia suya, que ya no sabemos si corresponde a una fragilidad que humaniza y puede conmover aún más, o si nos habla de los horrores de ese pasado suprimido, las simpatías con el nazismo, los afanes y las actividades innombrables de los *camisas negras*, a cuyo movimiento se unió de muy joven, todo aquello que desgarradoramente nos viene a señalar Mihail Sebastian en su *Diario* (1935-1944) y que antes nadie sospechaba. Estas revelaciones obligan a tratar el caso de Cioran con el espíritu de disección que se aplica a los colaboracionistas, traidores o simpatizantes del fascismo y el hitlerianismo, Knut Hamsun, Louis-Ferdinand Céline o Pierre Drieu La Rochelle: nos

resulta indispensable un deslinde entre obra y biografía, los méritos de una y los yerros de la otra. Poder apreciar cada cosa en su lugar. Y, por otro lado, estudiar su interrelación.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Drieu La Rochelle razonó: Yo colaboré con el enemigo, en el entendido de que antes que franceses somos europeos; pero el enemigo no fue inteligente y además perdió, lo que me hace culpable de alta traición; por lo tanto, reclamo la muerte. Y se pegó un tiro. Por más repugnantes que fueran sus inclinaciones políticas, hay una innegable estatura humana en el modo de razonar y encarar la conclusión del juego de intereses. En el caso de Cioran, resulta triste pensar en la posible reinterpretación —necesariamente empobrecedora— de sus abismos e infiernos bajo la óptica de toda la información desenterrada. Y encontrarlo mezquino o impostado, siendo un escritor tan incendiario, tan a rajatabla y, supuestamente, honesto hasta el autoflagelo, incapaz de hacer concesiones. El ocultamiento de su propio pasado representa una doble decepción, una traición a la entrega de sus lectores y una negación a su valor de iconoclasta. Su centenario se acerca (2011) y la evaluación que se le rinda sin duda será indicativa del signo de los tiempos, dictará cómo habrá de reinterpretarse la expresión en sus retratos. —

— CLAUDIO ISAAC

CRÓNICA AVENTURAS EN EL MISS BOLIVIA

La cálida y no tan remota noche del 18 de julio, me hallaba en un salón elegante de la ciudad de Santa Cruz, Bolivia, cuando, acosado por un grupo de exaltados, debí, como los arbitros que marcan un penal decisivo en los minutos finales del encuentro, escaullirme del lugar para salir indemne. Sabía que la actividad para la que me habían invitado desataba pasiones en todo el país, pero jamás se me ocurrió



Bellezas en Bolivia.

pensar que, como dice el lugar común, la sangre llegaría al río: antes de irme, vi mucha sangre en el piso del salón. Había vasos tirados, platos rotos, gente que se golpeaba con denuedo. Una vez fuera del salón, mientras llegaba agitado al lugar donde unas amigas tenían aparcado el coche, pensé que todo había ocurrido por un simple concurso de belleza. Acababa de confirmar en carne propia que, en América Latina, los concursos de belleza son cualquier cosa menos simples.

A principios de julio, cuando estaba de vacaciones en Cochabamba, recibí un llamado para formar parte del jurado del Miss Bolivia, que se llevaría a cabo el 18 de ese mismo mes en la ciudad de Santa Cruz. Aunque mi impulso inicial me pedía que aceptara la invitación, decidí pensarlo un poco: en un país en el que la literatura suele estar dominada por la solemnidad, sabía que sería atacado por mi gesto frívolo. Luego me justifiqué diciendo que el escritor debía explorar todos los rincones de la sociedad, y que si alguna vez había visitado el Palacio Presidencial y me había codeado con políticos incompetentes y mezquinos, era justo que visitara esa otra cara tan fundamental de Bolivia: para un país sin estrellas de cine ni de televisión, sin una industria cultural capaz de producir grandes cantantes, las misses y las modelos son nuestra precaria realeza.

Cuando llegué al salón Sirionó de la Feria Exposición de Santa Cruz, me

topé con una alfombra roja, modelos en una pasarela, periodistas con cámaras y micrófonos. Me sorprendí: el concurso no sólo era importante, sino incluso *trascendente*. Debía haberlo sospechado, al enterarme que las representantes de Pando no participarían en protesta porque en el concurso del año interior miss Pando, una de las favoritas, no había ganado. Sí sabía que tendríamos, como siempre, a las representantes del Litoral, la provincia perdida en la guerra del Pacífico más de un siglo atrás. Así estaban las cosas en mi país: no había representantes de uno de los nueve departamentos, y sí la había de un departamento fantasma.

Éramos siete en el jurado. Otro de los miembros era Juan Claudio Lechín, escritor finalista del Rómulo Gallegos el 2004. ¿Era Bolivia el único país en que dos escritores habían llegado a formar parte al mismo tiempo de un jurado así? Eso decía mucho, o poco, del país. Como fuera, yo estaba sentado al lado de una ex Miss Bolivia y una ex Miss México. Mi compatriota derrochaba simpatía y, me enteraría luego, era una experta a la hora de defender a su candidata. La mexicana era de Monterrey y contó que trabajaba en Univisión; sólo abrió la boca para pedirnos que le sacáramos fotos. Debí haber sacado trescientas esa noche. Era fotogénica, imaginé que no borraría ninguna. Le dije que quizás hubiera sido mejor

que se trajera una filmadora, para que alguien la filme todo el tiempo. Se rió, pero no me contestó.

Del concurso, recuerdo haber pensado que, en la parte de los trajes típicos, las representantes del Occidente y los valles estaban en desventaja en relación a las del Oriente tropical: a la chica de Sucre su traje de indígena de Tarabuco apenas le dejaba ver el rostro, mientras que el traje ínfimo de la de Beni le aseguraba fácilmente un lugar entre las finalistas. En la parte de los trajes de baño, los hombres del jurado éramos tímidos, las mujeres no tanto (“esa miss no tiene cuello”; “esa otra tiene kilos de más”). En cuanto a la sección de preguntas y respuestas, me pregunté por qué chicas tan jóvenes no decían lo que querían decir, sino lo que pensaban que la gente quería escuchar, y terminaban enredadas en una respuesta más que falsa. Si tuviera la oportunidad de ser otra persona por un día, ¿quién quisiera ser una chica de veinte años? Pensé: Scarlett Johansson, Julieta Venegas, Evita. Una de las finalistas dijo: “Moisés”. Yo comencé a llamarla Miss Moisés. Ahí, y no cuando aparecieron los trajes típicos o los de baño, estaba la parte falsa del concurso.

Las deliberaciones del jurado hicieron que nos decantáramos por dos finalistas: Miss Beni, que no había terminado el colegio y tenía un aire de la vecina-de-al-lado, si es que las vecinas fueran voluptuosas y se movieran como

bailarinas de samba; y Miss Cochabamba, que era alta, tenía un cuello grácil de modelo y una seriedad que asustaba. En un país de gente no muy alta, los altos son reyes, me dije, y creí que la cochabambina lo tendría fácil. No fue así, después de la votación se encontraba en la minoría. Entonces apareció la ex Miss Bolivia en el jurado, y, con un tono experimental de yo-estuve-ahí, arengó a los que defendían a miss Beni con el argumento de que la chica de Cochabamba tenía las virtudes que se necesitaban en un Miss Universo –era alta, tenía garbo y apostura. La mayoría colapsó y cambió su voto con una facilidad de espanto. Parece que es muy difícil decirle no a una miss decidida.

Entre el público había barras para todas las misses, pero al final, cuando se anunció que la ganadora era miss Cochabamba –rompiendo así un predominio de dos décadas de las representantes de Santa Cruz–, la mesa en la que se encontraba la familia de una de las que no había ganado reaccionó airada. De manera inocente, salí de la sección protegida del jurado para hablar con la gente que se acercaba; pensaba: ya se dio el veredicto, el resultado final no tiene trascendencia, lo importante es competir. De pronto, la madre de una de las misses me increpó; me dijo que, como Evo Morales estaba en el poder, su hija había sido discriminada por ser rubia, por no ser ‘originaria’. Traté de razonar con ella, le dije que no era cierto lo que decía; después de todo, la ganadora era de padre francés y se llamaba Dominique.

Era inútil. De pronto, volaron platos y puñetes; hubo sangre en el piso. Los organizadores del concurso no habían contratado personal de seguridad, por lo que algo que podía haberse detenido en cinco minutos tardó cincuenta en ser controlado. Me encontré rodeado y temí por lo que podría pasar. Ese fue en el momento en que me sentí como un árbitro amenazado y decidí escaparme por la puerta de atrás.

Esa noche aprendí mucho de la sociedad boliviana. Me dije que no lo volvería a hacer.–

–EDMUNDO PAZ SOLDÁN

LITERATURA Y CINE

KÔJI SUZUKI, EL NARRADOR RIZOMÁTICO

Nacido en Hamamatsu, una ciudad al suroeste de Tokio, Kôji Suzuki (1957) se ha forjado toda una leyenda que lo ubica como uno de los personajes más excéntricos –cabría decir rizomáticos– de la nueva literatura de entresiglos, una especie de aventurero para el tercer milenio que pasea con igual pericia por las tierras de la genética y la tecnología de punta que por los dominios de la fantasía y la ciencia ficción con ribetes pavorosos. Por ejemplo: después de graduarse de la Universidad de Keio –la más antigua de Japón–, donde se especializó en francés, tuvo diversos trabajos ocasionales que incluyeron el de profesor de cursos intensivos que gozaba contando historias de terror a sus alumnos. A ello hay que añadir su gusto por la equitación, su licencia de capitán de yate y su vena de viajero impenitente, que lo ha llevado a cruzar Estados Unidos –de Florida a California– a bordo de una motocicleta: una odisea que halla eco en el Kaoru Futami de *Loop* (1998), una de sus criaturas más memorables, que cifra la salvación del mundo en la Honda XLR 600 con la que explora la región desértica conocida como las Cuatro Esquinas, donde confluyen no sólo los estados de Arizona, Colorado, Nuevo México y Utah sino –según el autor– la anomalía gravitacional y la longevidad.

Pero la leyenda de Suzuki no se detiene ahí: él mismo confiesa que escribió *Ring* (1991), primera parte de la trilogía novelística que le granjearía fama internacional –completada por *Spiral* (1995) y *Loop*–, con un bebé en el regazo. Un año antes, en 1990, había obtenido el prestigioso Japan Fantasy Novel Award –que contribuyó a que su carrera despegara definitivamente– gracias a su debut: *Paradise*, una epopeya romántica que abarca varios siglos y se basa en la teoría de la migración prehistórica de Siberia a América del Norte a través del Estrecho de Bering. Padre de dos

hijas y considerado una autoridad en educación infantil –tema al que ha dedicado parte de su labor– debido a su experiencia como amo de casa cuando empezaba a adentrarse en el orbe literario, Suzuki ha construido una obra firme, surcada por los temblores de un horror cien por ciento posmoderno, en la que las aprensiones típicas de la maternidad o la paternidad cristalizan en niños o jóvenes fallecidos en circunstancias trágicas que vuelven del más allá para exigir, a veces con saña insólita, la atención que les fue negada en vida. El paradigma de lo anterior es Sadako Yamamura, la vidente hermafrodita que es contagiada de viruela por el médico que la viola y mata y que regresa de entre los muertos en tres fases –primero mediante un video (*Ring*), luego convertida en un virus capaz de mutaciones rápidas (*Spiral*) y por fin como una forma cancerígena de existencia artificial (*Loop*)– para demostrar que en Asia las convenciones narrativas sirven para ser trastocadas. Al igual que su inquieta y rabiosa protagonista, el fenómeno *Ring* desatado por Suzuki ha mudado de medio –de la literatura al cine y la televisión– para propagarse gracias a adaptaciones y secuelas realizadas tanto en Japón como en Corea del Sur y Hollywood: de *Ringu: Kanzen-ban* (1995), de Chisui Takigawa, a *Ringu* (1998) y *Ringu 2* (1999), de Hideo Nakata; de *Rasen* (1998), de Jôji Iida, a *The Ring Virus* (1999), de Kim Dong-bin; de *Ringu: Saishûbô* (1999), tele-serie de doce episodios, a *Ringu o: Birthday* (2000), de Norio Tsuruta; de *El aro* (2002), de Gore Verbinski, a *El aro 2* (2005), otra vez de Nakata. Al cabo del éxito, el escritor nipón no ha desistido de visitar los territorios del miedo merced a tramas recorridas por padres perturbados y presencias infantiles en las que el agua, elemento femenino por antonomasia, juega un rol fundamental. En *Ring*, para no ir lejos, está el mar de donde la madre de Sadako rescata la estatua que le concede la clarividencia que terminará heredando su hija; está también el pozo al que Sadako es arrojada después de la violación. Y hay un dato curioso: mientras que la trilogía novelística es encabezada por hombres, en las versiones fílmicas la acción recae casi por entero en mujeres.

Lo que más asombra de esta empresa, sin embargo, es la capacidad de Suzuki para rizar el rizo narrativo: no en balde *Loop*, tercera parte de la saga viral urdida en torno de Sadako, alude tanto al ambicioso Proyecto Loop —una operación conjunta Japón-Estados Unidos planeada para “crear vida en el espacio virtual de las computadoras” y diseñar “una biosfera original que simulara la evolución de la existencia en la tierra”— como a la idea de bucle o rizoma aplicada a la literatura. Aunque a diferencia del modelo descriptivo de Deleuze y Guattari, la trilogía de Suzuki posee un centro obvio (Sadako), sus ramificaciones resultan insólitas: estamos frente a una planta escritural cuyos brotes surgen en diversos puntos para modificar el orden del relato. Hay, siguiendo el concepto deleuzeano, “mesetas” representadas por seres ubicuos que dan estabilidad a esta organización arbórea; así, por ejemplo, el matemático Ryuji Takayama debuta en *Ring*, reaparece como cadáver en *Spiral* y acaba por reencarnar en Kaoru Futami, el héroe de *Loop*, que debe asumir su naturaleza de clon de una forma de existencia artificial antes de volver al espacio virtual que lo engendró: un viaje a la semilla cibernética que haría las delicias de Borges y Philip K. Dick. Fiel a las metamorfosis de Sadako, una anomalía en la matriz del Proyecto Loop que “se aparea” con los medios de comunicación y brinca al mundo real convertida en el Virus del Cáncer Humano Metastásico, el autor intercambia sus personajes de un libro a otro para generar una suerte de *thriller* genético con resonancias metafísicas que cierra en *Birthday* (1999), colofón integrado por tres *nouvelles* (“Coffin in the Sky”, “Lemon Heart” y “Happy Birthday”) que fungen como tubérculos de las novelas (*Spiral*, *Ring* y *Loop*, respectivamente). Enfermedad y búsqueda de un grail poseído por los fantasmas en la máquina, revisión histórica y prospectiva futurista, terror cósmico y devaneo místico: todo cabe en la trilogía que Kôji Suzuki, el narrador rizomático, ha entregado para el lector mutante del nuevo milenio. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS



T. S. Eliot (St. Louis, Missouri, 1888-Londres, 1965).

CRÍTICA ¿PARA QUÉ LOS CRÍTICOS?

¿Para qué los poetas? (Hölderlin) ¿Para qué los filósofos? (Revel) Naturalmente, a todos se nos ocurren varias razones positivas del sentido de la crítica (literaria), y yo mismo, además de ejercerla he deslizado en momentos distintos algunos de esos argumentos citando, las más de las veces, a otros, como T. S. Eliot, que dijo que el poeta debía llevar un crítico dentro, o a Ortega, que sugirió la cualidad de alterne propia del ejercicio. Pero junto a las razones de fundamentación del sentido de la crítica en cuanto que realización misma de la obra o como lectura y desentrañamiento de ella, surgen cuestiones que vienen de una lectura sociológica. Desde un punto de vista formal, la crí-

tica literaria de periódicos y revistas se ejerce, en cuanto a su extensión, en tres dimensiones: la reseña de apenas un folio, que da cuenta del hecho editorial junto a algunos datos (u opiniones) relativos al libro; la reseña de un par de folios, donde el crítico puede plantear el argumento de la obra (con mayores dificultades cuando se trata de filosofía o historia) y llega a insinuar problemas formales o conceptuales; y la crítica (propia de las revistas) que dedica cuatro o seis folios a su tarea, donde el autor puede, además de presentar con algún detalle el objeto de su análisis, compararlo con obras anteriores, de otros autores, señalar dificultades entre lo que se propone y logra, etc. La lógica comunicacional: elaborar, con mayor o menor complejidad, un contenido que transmita algo, respecto de un objeto, a un posible lector de dicho objeto. Un crítico, en este sentido, es un puente. Desde que existe la crí-

ca en la modernidad (desde Samuel Johnson y Sainte-Beuve) ha habido críticos que han elaborado obras que, por una u otra razón, rebasan la tarea de servicio, parasitaria, humilde, eficaz, tales como Sartre al habérsela con Baudelaire o Jean Genet, o, sin salirnos aún de la lengua francesa, Barthes con Balzac; o bien como pretexto –nada desdeñable– para investigaciones sociológicas o para hipérboles de la crítica misma (Hauser, Derrida). Ha habido críticos desprovistos de aparato teórico, como Wilson, cuya amplísima cultura y frecuentación de la novela le dio sin embargo instrumentos para adentrarse por selvas de personajes o senderos de cuentos con sensibilidad y arrojo. Algunos han desentrañado aspectos estructurales, bajando a lo sustancial y perdiendo la sustancia; otros, han dedicado su atención a la dimensión semántica, perdiendo de la obra la gracia, es decir: la obra misma. Finalmente, los hay que han utilizado disciplinas variadas y, asistidos por el talento y el olfato, han transitado entre libros, con pasión de lector que al exponer se expone (Auden, Steiner, Paz). De todo esto hubo y sigue habiendo, a veces oculto en publicaciones insospechadas o en libros de poca o nula circulación: porque a pesar de que vivimos en el gran momento histórico de la publicidad literaria –en número de editoriales y de libros y revistas publicadas– no todo está visible. Es más, la hipervisibilidad actual oculta lo visible.

Lo que vemos al abrir los semanarios culturales de los periódicos, las revistas literarias y los blogs es otra cosa. Una cosa que carece de importancia, y por eso mismo reclama de nosotros señalarlo. Participa de una política de la urgencia, de la novedad (editorial o real) y de la publicidad. También, es cierto, es un espacio donde algunos tratan de decir lo que pueden como naufragos que envían mensajes. Los blogs, que es el último formato que se ha sumado a la difusión de la crítica, de la opinión, es ya el medio por antonomasia, está en medio de todo, y

además, formando parte de la estructura comunicativa tiene un aspecto estructural del que carece en principio las revistas: la relación explícita. Los blogueros señalan las conexiones, las relaciones con otros blogs; así, lo que comienza en un lado (siempre en la pantalla) se va desplazando en relaciones con otros blogs formando una comunidad de opiniones e intereses cuyo denominador común no revelado es, sin embargo, la autopublicidad, la posibilidad de mantenimiento (visible) del propio blog. Es un viejo truco de ciertos articulistas (críticos literarios): hablar de un número amplio de autores vivos (en los blogs los autores no están muertos, aunque ya algunos habrán fallecido y sus páginas subatómicas giran en mundos no publicitados, de incógnito), así, apelando a la vanidad y necesidad de visibilidad de los autores el crítico se hace visible entre los otros. Antes se decía de quien llevaba un diario que unos se les acercan para contarle lo que pretenden que el diarista escriba de ellos, y otros huyen de su presencia para no ser carne de tal asado. Este crítico vive de prestado: es un momento fantasmal que pareciera que tiene más realidad que las obras y los escritores de los que habla, porque él se convierte en el espacio firmado del deseo de aparecer. ¿Y qué es un reseñista? Alguien con algunas lecturas (puede tener pocas o muchas) que necesita completar su sueldo. Un lector que se gana unos euros y se ahorra algo en la compra de libros. Una figura intercambiable: se sospecha que cualquiera puede hacerlo, y de hecho a lo largo de su vida activa (cinco o diez años) tiene tiempo de comprobarlo varias veces. El reseñista puede decir casi lo que quiera, siempre que no insulte o no diga que todas las obras son malas. (Incluso así, es tomado como anuncio: en estas páginas yo mismo denuncié que un filósofo de moda había copiado en su último libro casi la mitad de su libro anterior y nadie, nadie, ha dicho nada.) Leemos barbaridades todas las semanas, y nunca pasa nada. A veces se los premia, no

porque se crea que sean buenos sino porque ocupan un espacio necesario. Estos críticos son leídos por los autores comentados, por los enemigos o familiares de los autores, por las editoriales, que los leen como anuncios. Algunos críticos son también escritores (quiero decir, de verdad, no por el hecho de que hayan publicado unos versos o un par de novelas) en tiempo de espera, algo que les puede llevar toda la vida. Aparecer algunas veces cada mes con una columna es una forma de levantar el dedo, de no ser dado por muerto. Cuesta, en un mundo donde todo se conceptúa como visible, no serlo. El 99 % de ese material semanal y mensual pasa al olvido. En el caso de los blogs ocurrirá lo mismo –ya ocurre–, no porque no se recojan en libros sino porque su número los asfixia. ¿Quién necesita a los críticos? ¿Para qué los críticos? En cuanto a lo primero: las empresas, porque son una publicidad barata; en cuanto a lo segundo, soy más pesimista. Y sin embargo creo en la necesidad de la crítica, porque sigo creyendo que forma o debe formar parte de lo que otro crítico dijo modestamente: que es un diálogo culto que se mantiene con un interlocutor imaginario, y porque tiene o debería tener una dimensión política importante al mediar entre los productos de la cultura y los receptores de la misma. No sólo es opinión sino idea. –

– JUAN MALPARTIDA

TURISMO HOTELES CON ENCANTO

Pero, ¡vive Dios!, ¿qué hace un mosquitero como tú –me salió del alma preguntar tan pronto entré– en una habitación como ésta, donde ni hay mosquitos, ni se les espera, ni, de haberlos, podrían hacer otra cosa que encomendar su alma al Creador al tiempo de caer fulminados al suelo, pues el aire acondicionado funciona a toda pastilla?



Imagen de Vientiane.

¡Ah, querida turista! –me contestó el mosquitero–, prométeme ante todo no ofenderte de que te llame así, en vez del término que sin duda preferirías de “viajera”, luego te explicaré por qué; y siéntate, pues te voy a contar una larga historia con la esperanza de que la publiques en *Letras Libres*, donde quedará que ni pintada junto a cualquiera de los artículos de la serie “Lo falso”, transcripción de otras tantas conferencias de un ciclo dirigido por mi admirado Enrique Lynch (dile sólo de mi parte que ya podía haber puesto a alguna mujer entre los conferenciantes) y que incluye “Lo falso en historia”, “Lo falso en arquitectura”, “Lo falso en filosofía”... pero no, que yo sepa, “Lo falso en decoración”, ¡y no será porque falten ejemplos!

Retrocedamos, si me permites, a los años cincuenta, sesenta y setenta. Era la época del marxismo y del nailon, del azúcar blanco, el turismo de autocar y los rascacielos en las playas. De las vías férreas pegaditas a la costa y las carreteras trazadas expresamente para pasar por la Calle Mayor (en Lyon era la autopista la que cruzaba el centro urbano). Del hilo musical hasta en el ascensor y en la piscina, de las máquinas que hacían trabajar los músculos solitos, por impulsos eléctricos. De los muelles del Sena convertidos en autopista al grito de “¡hay que adaptar París al coche!”, del proyecto de un parking en la plaza Djema El Fnaa de Marrakesh y del de Le Corbusier de arrasar París, salvo Notre Dame y poco más, para levantar en su lugar un *skyline*. Las

morenas se teñían de rubio oxigenado, las agencias de viaje anunciaban: “Tres países en quince días”, se preparaban los exámenes a base de Celtas sin filtro y Centramina, y las menopaúsicas se atiborraban de hormonas. Era, en fin, el progreso.

Pero, *o tempora! o mores!*, todo eso se lo llevó el viento. Y llegaron en su lugar el budismo, las joyas étnicas y los juguetes de madera. La soja, el kiwi, el aguacate y la tempura, el pan negro y los espaguetis integrales. El lino y el algodón, porque la arruga es bella, la “seda salvaje” (digo yo que no será para tanto) y el “arroz salvaje” (¿será que muerde?). La dieta mediterránea y los viajes a pie, *Paris-plage*, *vélobib* en París, *bicing* en Barcelona y pronto, en Madrid, bañarse en el Manzanares (ese río al que preguntaba el poeta: ¿cómo es que hoy llevas agua, si ayer estabas seco?, y contestaba el río: es que ayer un burro me bebió, y hoy me ha meado. Con perdón.). Y el senderismo y los carriles bici, las bolsas de papel, el reciclaje, los tintes naturales para el pelo, el *slow food* y las flores de Bach. La moda del “viajero” (¿qué diferencia hay con “turista”? Muy sencillo: viajero es una/o y turistas, los demás) y los hoteles con encanto: dueños con nombre y apellido, habitaciones personalizadas, muebles antiguos, arte popular y toque étnico.

Y todo esto, cómo no, llegó a Asia... Para entonces algunos, al principio entusiasmados con la nueva moda, estábamos empezando a enfriarnos a medida que de los hoteles con encanto se pasaba a las casas rurales-con-encanto, pueblos-con-encanto, restaurantes-con-encanto, paisajes-con-encanto, ciudades-con-encanto, balnearios-con-encanto... (¿para cuándo las autopistas con encanto, los aeropuertos con encanto, las unidades de cuidados intensivos con encanto...?) y los “viajes con encanto” incluían “talleres de risoterapia, yoga, chikung, Gestalt, fiestas hippies Flower Power y danzas circulares” (*sic*: de viajarcenencanto.com). No me digan que no es como para escamarse. ¡Ah!, dema-

siado tarde. Cualquier construcción más o menos colonial en cualquier país más o menos turístico de Asia se había convertido ya en un hotel o restaurante “con encanto”, todos ellos rigurosamente idénticos (estrella más o menos), con su madera de teka, su ventilador inútil (pues tienen aire acondicionado), su mosquitero igualmente inútil por el mismo motivo y sus chales de seda salvaje encima del edredón. Pero claro, como el turismo crece exponencialmente (y eso que aún no viajan –¡prepárense! ¡tiemblen!– los 1.200 millones de chinos), no bastaban. Y ahora el “encanto” se fabrica o se construye en serie, como en este hotel pseudo-colonial de Vientiane donde estamos y que es más falso, ¡oh preguntona turista! –concluyó el mosquitero– que un duro sevillano.

Ante lo cual, presa de un brusco y frenético ataque de encanto-fobia, me lancé a la calle. Y descubrí Vientiane. Una ciudad... ¿qué calificativo aplicarle? ¿Fea? ¿Provinciana? ¿Desangelada? ¿Cutre? ¿Simplemente horrorosa?... Aplastada por la humedad y el calor, me arrastré –por no decir: repté–, como viajera concienzuda que soy, hasta la principal atracción turística, el Museo Nacional. Aunque un cartel aseguraba que estaba cerrado por obras, parecía más bien abandonado, como casi todo lo demás. Los únicos edificios sin desconchones (hasta los ministerios daban pena) eran los hoteles, ocupados, claro está, por extranjeros. Los cuales errábamos como almas en pena, y terminábamos apiñados en los cibercafés. En la plaza principal, los principales comercios de la ciudad principal del país eran cuatro: dos restaurantes franceses, una pizzería y una panadería escandinava, todo pobretón, como de barrio... Un toque siniestro, soviético (Laos es comunista), flotaba en el ambiente... ¡Por fin!, exclamé alborozada. ¡Por fin algo auténtico! Y salí corriendo al aeropuerto a coger el primer avión que me sacara de allí. –

– LAURA FREIXAS